

causó cierta satisfacción el ver que el nombre de Tirabeque era conocido en tan remotos climas.

El Museo y las vacas de Paul Potter.

Entre los obsequios que nos dispensó el hermano Bazo, fué uno el de ofrecerse á acompañarnos á ver las cosas notables de la ciudad, obsequio que admitimos con el mayor placer.

Salimos pues. Recorrimos varias plazas, entre ellas la de *Vyberberg*, que tiene á un lado un delicioso paseo de lozanos árboles y al otro un vasto estanque circundado de suntuosos edificios. Visitamos el *Binnenhof* ó sea antiguo patio interior del palacio de los príncipes de Orange, y al rededor del cual están los vastos edificios modernos ocupados hoy por los estados generales, y por los ministerios; la sala gótica en que se hace la extracción de la lotería nacional, que se juega cuatro veces al año, y en la gradería de cuya sala fué decapitado el famoso *Juan Barneveld el Viejo*, el mas acalorado republicano holandés del siglo XVII, y el que negoció la tregua de 12 años con la España, que por fin reconoció la independencia holandesa.

Pasámos por la calle *Voorhout*, la calle mas anchurosa y de mas magnífico caserío de LA HAYA; calle y paseo al mismo tiempo, pues está plantada de árboles seculares de una altura prodigiosa, que con su frondoso ramaje protegen un césped siempre fresco; y por último recaímos en el *Museo*.

Dice *Mr. Ferrier* autor de la *Guía pintoresca y artística de Holanda*, que el Museo de *La Haya* es uno de los mas ricos de Europa. Si la riqueza se refiere al mérito de los cuadros, bien podrá tener razon el hermano *Ferrier*, al ménos en los de las escuelas holandesa y flamenca, que es en lo que mas abunda. Pero si quiere hacer la riqueza extensiva tambien al número, no sé yo cómo pueda ser uno de los Museos mas ricos de Europa el que encierra poco mas de 400 cuadros.

Seguramente es una coleccion selecta de pinturas la del Museo de *La Haya*; y entre ellas tuvimos el gusto de hallar cinco cuadros españoles; dos de Velázquez, dos de Murillo, y uno de Matias Cerezo.

Al entrar en una de las piezas, Tirabeque dió dos pasos atras como asustado. — ¡Hola, señores! dijo; con esto no contaba yo. Señor embajador, bien podia Vd. habernos avisado que viniéramos prevenidos. — ¿Pero de qué? le preguntámos los dos á un

tiempo. — ¿De qué? De que andaban por aquí estos animales; atras mi amo, que con gente que no se confiesa no hay que gastar chanzas. Asombrados estábamos de tan extraño lenguaje, sin saber á qué atribuirlo, hasta que el Sr. Bazo, prorumpiendo en una fuerte risotada, — ya sé lo que es, dijo; es el *novillo de Paul Potter* lo que ha temido el buen Tirabeque. Adelante, adelante, no hay que tener miedo.

Era el famoso cuadro del famoso pintor *Paul Potter*, que representa un novillo en su grandor natural, y tan al natural todo, que efectivamente parecia tener vida y animacion; parecia que se le veia respirar, que se le veia mover, que iba á embestir.

Es cuadro al que por mucho que uno se acerque, no pierde nada de la ilusion, porque se está tocando, y cuesta trabajo persuadirse que no pueda empuñar las astas, ó levantar y oprimir entre los dedos los pelos de la piel. Pienso que es imposible imitar mejor la naturaleza. El cuadro del *novillo* es tenido por la obra maestra de *Paul Potter*; sin embargo, yo me veria perplejo para escoger entre el *novillo y un pastor guardando vacas*, que hay en la propia sala del mismo autor. Á las vacas de *Paul Potter* no les falta mas que mugir. El susto de Tirabeque se convirtió en admiracion. Señor, decia, si estas vacas las llevaran al campo, yo apuesto que mas de una aldeana habia de acudir con el cántaro pensando que le iba á llenar de leche.

Curiosidades.

No son pocas las que se encuentran en el Gabinete Real de este título que ocupa el piso bajo del Museo. *Setecientos sesenta y siete* objetos raros y curiosísimos contiene aquel gabinete, especialmente de trajes, muebles, utensilios y artefactos de la China, del Japon, del Indostan, del Senegal, de Guinea, de Ceilan, del país de los Cafres, del de los Hotentotes, de la Tierra Santa, de la Australia, y por decirlo de una vez, de todas las partes del mundo.

¿Qué diremos de los cien mil volúmenes de la Biblioteca Real? ¿del precioso manuscrito original del tradado conocido por *La Union de Utrecht*? ¿de las 33,000 medallas, y de coleccion de monedas egipcias, y otra que abraza todo el periodo de los reyes de Macedonia desde Filipo y Alejandro hasta el último de sus sucesores?

El bosque de hayas en La Haya.

¿Quiéren Vds. ver, nos dijo despues de todo esto el Señor Bazo, el famoso bosque que hace el encanto y el orgullo de los habitantes de esta capital? — Con mucho gusto, le respondi. — Vamos pues, y no nos descuidemos, porque segun veo el horizonte, tengo para mí que va á nevar muy pronto.

Figúrese el lector un bosque de una legua de circunferencia, plantado de las hayas mas esbeltas y copudas que se conocen en Europa; una floresta silenciosa, un follaje verde y sombrío, unos sitios agrestes y salvajes, cortados por anchas calles de arena cuyo término no se alcanza á ver, y por donde corren y triscan á su libertad los ciervos y los gamos; plagado de blancos cisnes y de sonoros ruiseñores; cortado por puentes rústicos que dan paso á las abundantes aguas que le riegan; todo conservado y entretenido con un esmero superior al de los mas bellos parques de Inglaterra, y con un arte que oculta por todas partes la mano del hombre, dejando á la naturaleza desplegar todos sus recursos; terminado el bosque por un jardin reservado que encierra el pabellon levantado por la princesa Amelia para honrar la memoria de su esposo y llorarle en la soledad y en el retiro: y todo esto á dos pasos de la ciudad, á los bordes de un mar helado, y en medio de un país de praderas y de aguas, y tendrá una idea del bosque de las *hayas* en LA HAYA, y no se admirará de que los habitantes de aquella capital tengan su bosque por la octava maravilla del mundo, y que los príncipes escogieran aquellos lugares encantados para fijar en ellos su residencia real.

¿Qué les parece á Vds.? nos preguntó nuestro diplomático amigo. — Parece, le dije, que me hallo en un bosque druida, ó mas bien en aquella selva melancólica y sombría de Virgilio:

« Et caligantem nigra formidine lucum; »

y parece tambien que estoy viendo á un calmoso y meditabundo holandés, para quien parecen hechos aquellos versos de Boscan:

« Solo y penoso en prados y desiertos
mis pasos doy cuidadosos y cansados, »

paseando por esta silenciosa umbria selva, meditando las ganancias que le dejará el buque que está para arribar de la India ó pensando en algun grave negocio de estado. — Así es la verdad,

dijo nuestro compatriota. — Y diga Vd., preguntó Tirabeque, ¿no vendrán hoy por aquí de paseo las damas elegantes de LA HAYA? porque aquellas *Hayas* y no estas, serian las que me divertirian á mí. — No solo no vendrán, respondió el señor Bazo, sino que nosotros debemos apresurarnos á salir del bosque. ¿Ven Vds. que empieza ya á nevar?

Así era en efecto. Salimos del bosque de *Las Hayas*, y por mas que acelerámos el paso, cuando llegámos al hotel llevámos ya una capa de nieve.

Á las dos horas habia ya medio palmo de ella. El frio era intenso; la nieve caia acompañada de una helada brisa. Al dia siguiente habia ya cerca de una tercia. ¡Y estábamos á principios de Noviembre todavía!

Las botas de mi lego.

Los que conocen ya el carácter de Tirabeque podrán discurrir cuál se hallaria su espíritu cada vez que contemplaba que en el mes de Noviembre se encontraba en la helada capital de los Países-Bajos, con una tercia de nieve en las calles, sin trazas de cumplirse el «*jam satis terris nivis*» de Horacio, ántes por el contrario, arrojando cada vez mas el viento, y todo esto á las 400 leguas de su patria, y en un país bajo y pantanoso, casi todo inundado ya, y cuyos caminos amenazaban ponerse intransitables.

Asomábase con frecuencia al balcon del hotel, y los copos de nieve helada que se estrellaban en los cristales, le cegaban la vista y le helaban el corazon. — Señor, me decia afligido, ¿á qué tierra me ha traído Vd.? Vamos á tener que pasar el invierno en LA HAYA, y cuente Vd. con que una mañana amanezco agarrotado de frio. — No te aflijas, hombre, no te aflijas, que la temperatura de Holanda es muy variable, y cuando ménos lo pienses Dios y el sol mejorarán nuestras horas. — Así sea, mi amo, y así se lo pido con todo el fervor de mi alma, si es que en esta tierra puede haber ni alma ni cuerpo que tenga fervor, á ver si quiere su Divina Majestad que podamos aprovechar un clarito para volvernos desde aquí á España. — Ah, en eso no pienses todavía: hallándonos aquí, fuera una cobardía imperdonable volverse sin ver á *Amsterdam*: ¡volverse sin ver la poblacion mas importante de Holanda, teniéndola á las doce leguas! ¡Oh! seria un sentimiento que me duraria toda la vida. — Señor, hágase lo que Vd. quiera, que si está de Dios que hayamos de morir helados ó tragados por las aguas, de poco servirán los esfuerzos de un pobre lego.

Una vez acordada la continuacion del viaje, aunque con harta repugnancia por parte de Tirabeque y no sin algun recelo por la mia, nuestra primera atencion y necesidad era proveernos de los medios de abrigo. Al efecto encargámos al *commissionnaire* nos trajera chaquetas interiores de estambre, pantalones, babuchas, zapatos de goma, y otros varios utensilios y menesteres. Entre estos nos presentó algunos pares de botas de piel sin trasquilar, exteriormente adobadas, pero conservando toda la lana de la parte interior á propósito para calzar por encima del pantalon y de otras botas, con suelas de dos pulgadas, pero de tan enorme tamaño y magnitud, que parecian hechas para piernas de gigantes. Tuvimos el gusto de pesar algunos pares, y no hubo ninguno que bajara de la média arroba. El mueble no podia ser mas á propósito para el abrigo, porque era menester un frio de 25 grados para que pudiese penetrar unas piernas así forradas. Yo las deseché por su gravedad específica; pero Tirabeque, que hizo la prueba de un par, sintió tal consuelo y tal fomento en los ambulativos, que desde luego optó por ellas, pero con tanto entusiasmo, que al instante empezó á echar piernas diciendo que con aquellas botas ya no tendria el inconveniente en ir hasta la misma region del hielo, si era menester.

Quise darle gusto, y le tomé un par, solventando por ellas 20 florines (mas de média onza de España). Pero era el caso que las mas pequeñas le llegaban á la cintura, y como al calzárselas no pudiesen pasar de la ingle, le quedaban haciendo en las piernas tantas arrugas que semejaban dos fuelles de órgano. Agregado á esto la desigualdad de sus tibias, la circunstancia de su cojera, y su zapato ordinario de cinco suelas, sobre hacer la figura mas ridícula del mundo, apenas podia dar con ellas un paso; reíamos todos; pero él á todo contestaba con el adagio español, «ande yo caliente y riase la gente.» Y sobre todo, añadia, el camino no le he de andar á pié, y para ir embaulado en una diligencia horas y mas horas sin sentir el frio, cada bota de estas es una pieza de rey.

Si alguno cree que exagero, al pintar la magnitud de las dichas botas, tenga entendido que no hay nada de hipérbole. Aun las conservo por curiosidad, y tendria gusto en que cualquiera se acercara á verlas. Es una clase de botas que fabrican los ingleses con destino á los que viajan en invierno por el norte. En los pueblos de España en que despues de nuestro regreso las han visto, han andado enseñándose de casa en casa como dos objetos notables, y en el resto de nuestra expedicion fueron el blanco de las miradas,

de las risas y de la admiracion, tanto en los pueblos como en los caminos, y si muchas veces nos sirvieron de diversion, no pocas nos produjeron tambien incomodidades y desazones.

En los carruajes, especialmente cuando acaecia ir llenos, siempre venia estrecho el local por causa de las piernas de Tirabeque; los conviajantes no hallaban dónde colocar las suyas, y esto los hacia prorumpir en ternos y espundias contra las postrimerias del extranjero que tanto les embarazaban; pero nosotros, á fuer de extranjeros que no comprendiamos el idioma del país, nos hacíamos tambien los desentendidos de sus interjecciones, y callábamos, y nos sonreíamos interiormente.

Sucedió una ocasion que al ir á tomar los billetes de la diligencia, el administrador que vió el volúmen que hacian las piernas de mi lego, se empeñaba en que este habia de pagar dos plazas, y poco nos faltó para dirimir la contienda por vias de justicia. Otras veces se resistian los demas viajeros á entrar en el carruaje mientras Tirabeque no se descargara las piernas de aquel balumbo, y lo hiciera colocar en el sitio destinado á los bagajes y mercancías.

Muchas veces para ir desde el hotel al establecimiento de donde partian los carruajes, ó vice versa, habia que atravesar una parte del pueblo, y en estos tránsitos acaecieron escenas dignas de reir. Por de contado no habia nadie que no se detuviera á contemplar el fenómeno; formábanse corrillos, oíanse risotadas, escuchábanse burletas, y seguíannos los chiquillos. No sabemos lo que dirian; pero por la algazara se dejaba conocer que les divertia en gran manera el extranjero de tan altos coturnos, y yo aseguro que si como eran muchachos de flema holandesa ó de pachorra alemana hubiesen sido muchachos españoles, Pelegrin hubiera sido apedreado como San Estéban; y si cuando hicimos el viaje á Andalucía hubiera llevado aquellas botas, propablemente no hubiera escapado sin ser manteado como Sancho.

Lo cierto es que puedo decir con verdad, que llamó la atencion en todas partes, y que hasta en Paris, donde creía yo que nada habia que pudiera llamarla, consiguió á nuestro regreso ser el objeto de mil satíricos comentarios, que como hechos en un idioma que ya no le era tan desconocido, le hicieron entrar un poco en sí, y desde entónces determinó que los borceguies constituyesen parte del exceso de peso en el equipaje.

LEIDA, Ó LEIDEN.

Inundacion anti-española.

Mis esperanzas sobre el cambio de temporal se cumplieron. Al mediodía dejó de nevar; salió el sol; templó la atmósfera, y la nieve comenzó á deshacerse; con esto y con las botas, Tirabeque se reanimó, y la mañana del siguiente día salimos en direccion de Amsterdam.

No solo tuvimos la fortuna del tiempo, sino tambien la de toearnos de compañero de viaje un jóven holandés, de tan arrogante y hermosa figura, como de amable trato y fina conversacion. Jamas podré olvidar los buenos oficios que nos hizo el apreciable é ilustrado *M. Soetens*. Siete años de estancia en Paris le habian hecho perder la frialdad y taciturnidad holandesa, y á la honradez del país natal agregaba las maneras cultas de la sociedad parisienne. Gozaba ya de un nombre literario en Holanda por sus producciones y escritos sobre la industria y agricultura. Con este motivo nuestra conversacion fué tan animada y tan franca, como divertido y ameno el camino.

Á la izquierda veíamos las playas del mar del Norte; á la derecha íbamos dejando multitud de quintas ó casas de campaña circundadas de florestas y jardines; bordaban las orillas del camino dos hileras de robustos árboles; á un lado y á otro quedaban espesos bosques de nueva plantacion, sumidos hasta la mitad de su altura en las aguas, y cruzaban el camino multitud de canales, por los cuales se veian deslizar acá y allá numerosos barcos de trasporte. El amigo *Soetens* nos entretenia explicándonos el sistema electoral del país para el nombramiento de diputados de los estados generales, y el modo como la eleccion tenia que resultar siempre monárquica; nos habló no muy satisfecho del carácter del rey, y todavía ménos satisfactoriamente de los compromisos á que los habia llevado el genio duro y excesivamente tenaz del rey padre, especialmente en la cuestion holando-belga: nos preguntaba noticias de España, y así entretenidos, á las tres horas de haber salido de *La Haya* dimos vista á una poblacion grande.

— ¿Qué pueblo es este que se alcanza á ver? pregunté á *M. Soetens*. — Es la ciudad de LEIDA, me respondió: es una bella poblacion, que tendrá cerca de 30,000 habitantes. ¡Oh! ahora que me acuerdo, esta ciudad tiene recuerdos históricos muy curiosos é interesantes para Vds. los españoles. — ¡Para los españoles! — ¡Oh! sí. — Decidlos pues, si gustáis. — Con el mayor placer.

« LEIDA sostuvo en el siglo XVI un sitio contra los españoles. Un bloqueo de cuatro meses tenia la ciudad en un estado de hambre horroroso, la habia reducido al extremo á que puede llegar una ciudad sin viveres. En tan apurado trance todos sus habitantes, hombres, mujeres, viejos y niños se agruparon en la plaza pública pidiendo con desesperados gritos al burgomaestre *Vander-Werf*, los unos la rendicion de la ciudad, los otros un pedazo de pan. Aquel valiente ciudadano se presentó á los grupos, y desenvainando con una mano la espada, y enseñando con otra su pecho, les dijo con un acento firme y calmoso: « pan no tengo que daros, pero si mi muerte os puede aliviar, tomad esta espada, matadme, haced pedazos mi cuerpo, y divididle entre vosotros. »

» Pero el príncipe de Orange, con quien los sitiados se comunicaban por medio de palomas-correos, sabedor de su apurada situacion, propuso á los estados generales socorrer á los desgraciados Leidenses por un medio que seguramente os sorprenderá: á saber, que se rompiesen los diques del Yssel y del Mosa, y se inundaran 20 leguas en circunferencia, á saber, todo el territorio comprendido entre Delft, Gouda, Leida y Rotterdam; que se fabricasen 200 lanchones chatos y de muchos remos, y que esta flota llevase viveres y refuerzos á los sitiados. El atrevido pensamiento se aprobó y ejecutó. Construyéronse las barcas, rompiéronse los diques, el país se inundó, el almirante de Zelandia, *Boilot*, partió desde Rotterdam al socorro de la ciudad llevando en la improvisada escuadra mas de 100 piezas de artillería, y 800 remeros soldados, en cuyos sombreros se leia la divisa: « *antes Turcos que Papistas*; » un viento sudoeste les ayudó á llevar las aguas hácia Leida, y los españoles sorprendidos con la repentina inundacion, levantaron el sitio apresuradamente: el socorro llegó á Leida en ocasion que habian perecido ya 6,000 personas de hambre y de enfermedades. La ciudad celebra todos los años con fiestas públicas el aniversario de su libertad. »

Tirabeque habia estado escuchando con mucha atencion el relato histórico de nuestro *Soetens*, y luego que concluyó, ¿lo ha oido Vd. mi amo? me dijo: el diablo me lleve si las traigo yo todas conmigo por estos aguazales; y quiera Dios que si saben que venimos por aquí dos españoles, no les de gana de romper el dique de cualquier riachuelo, que para ahogar á dos españoles poco es necesario, pues tengo para mí que esta gente no ha de ser muy adicta que digamos á los españoles. — Por lo que hace á la plebe, contestó *Mr. Soetens*, no va Vd. descaminado, porque aun

conserva cierta antipatía tradicional hácia los que en otro tiempo fueron sus conquistadores, y de quienes (con perdon sea dicho de mis dignos compañeros de viaje) no fueron tratados con la mayor consideracion. Pero las gentes de educacion del país no tienen la mas pequeña prevenicion hácia los españoles : saben bien distinguir de tiempos y de circunstancias, y al contrario los tienen en buena estimacion y concepto : algo ménos devotos son de los franceses ; así pues, no tengáis cuidado, y podéis viajar con toda confianza.

Al llegar á la ciudad, entramos, dijo el ilustrado holandés, en la cuna de los hombres ilustres, en la Atenas de Occidente ; ¡ oh ! vos no podréis ménos de haber oido hablar y aun de haber leído mucho de la afamada universidad de *Leiden* : ella cuenta entre sus hijos al sabio Descartes, á los célebres Hugo Grotio, Justo Lipsio, Goldsmith, Escalígero, Vossio, Gomar, Juan de Lúcas, al famoso médico Boerhave, al pintor Rambrandt, al físico de Muschembroek..... ¿conocéis la física de Muschembroek? — ¡ Oh ! casi demasiado : en los tres años del 20 al 23 que la España fué regida constitucionalmente, la física de Muschembroek fué uno de los libros de asignatura que se señalaron para servir de texto en las aulas de las universidades españolas por el plan de estudios de aquel tiempo : yo estudiaba entónces filosofía, y algunos ratos me devané los sesos con la física de Muschembroek.—En este caso conoceréis la *Botella eléctrica* de LEIDEN. Y aun aprendí á ejecutar con ella algunos experimentos. — Pues bien, aquí tenéis la ciudad donde se inventó, y la patria de su autor.

En esta conversacion pasámos sus muros y sus fosos, y llegámos al hotel. Poca mansion hicimos en Leida ; de consiguiente no pude visitar sus ricos museos y gabinetes de objetos artisticos y literarios, pero fué lo bastante para admirar una poblacion que es un conjunto de islas formadas por el caudaloso Rhin, que da cien vueltas y revueltas por su casco interior, saliendo á unirse todos sus brazos fuera de la ciudad, y cuyas isletas están unidas por 145 puentes de piedra de talla.

El mar de Harlem.

Tres nuevos viajeros se nos agregaron en Leida : dos jóvenes señoritas, de buenas facciones, blanco y sonrosado color, y frescas y robustas carnes, como son en lo general las holandesas ; y un ciudadano de no muy atractiva catadura, y cuyas maneras no

le hacian tampoco mas atractivo á sus bellas colaterales, puesto que repantigado en su asiento con toda la pachorra de un legítimo holandés, todo el obsequio, todo el galanteo que les dirigia era un continuado zahumerio, una fumigacion casi no interrumpida de pipa de la boca hasta el suelo pendiente llevaba. Esto de lanzarse dos jóvenes solas en un carruaje, en España sería sospechoso, allí es una cosa muy comun : no sé si consistirá mas en la influencia de la educacion que en la frialdad del clima.

Mostrábanse las niñas poco complacidas de su *adláterq* ; ni les hacian tampoco el mejor oficio las voluminosas piernas de mi lego ; este por su parte hubiera deseado no solo no llevar las colosales botas, sino ni piernas tampoco, si fuese posible, á trueque de no incomodar á tan agraciadas hermanitas ; pero su sentimiento era no poder mutilarse de repente, ni poder siquiera pedir mil perdones por la molestia á causa de no saber explicarse en la lengua que ellas hablaban ; en cambio les significaba su sentimiento con gestos y señas que á todos nos hacian reir. De esta situacion se aprovechaba muy bien nuestro compañero *Soetens*, que á lo ilustrado reunia lo galante : poseedor de ambos idiomas, hablaba con las jóvenes en holandés, hablaba en francés con nosotros, y era alma de aquella viandante sociedad. La conducta del fumador le dió á *Soetens* ocasion á referirnos tal cual anecdota de su vida, revelándonos que el haber librado en un caso semejante á una *prima donna* de Paris de otro fumador importuno, le habia valido tener asiento gratis en la grande ópera por algunos años ; amen de lo que tuviera por prudente callar.

Así marchábamos agradablemente distraidos : y en verdad que todo hacia falta, porque el horizonte habia vuelto á enmarañarse ; á poco rato se levantó una ventisca furiosa, y poco despues comenzó una lluvia de agua-nieve, que no cesó en todo el día, excediendo en crudeza al anterior, tanto que segun despues supimos, en el gran canal de Amsterdam naufragó aquel día un buque á causa del deshecho temporal, ahogándose ocho ó nueve marineros.

En esto á nuestra derecha y á los pocos pasos del camino llegámos á divisar una gran masa de agua, cuyo oleaje semejava al del mar. — ¿Qué es esto? preguntámos Tirabeque y yo á *Mr. Soetens*, no poco asustados uno y otro. — Este, respondió, es el *mar de Harlem*, ó sea el *gran lago* de 12 leguas de circunferencia. ¡ Oh ! este es uno de los grandes enemigos interiores que tiene el